

PARA UNA VUELTA AL ESTUDIO DE LOS PADRES, SOURCES CHRÉTIENNES² (FUENTES CRISTIANAS)³

Este año [2006], el Instituto de *Sources chrétiennes*⁴ fundado por los padres jesuitas en colaboración con Ediciones du Cerf, editores de la colección desde el origen, celebran la aparición del volumen número 500³. Por este motivo, y en homenaje a todos los que han participado en este extraordinario proyecto editorial, en su desarrollo, en su rigor y en su irradiación, tenemos la alegría de retomar el artículo que el gran universitario Henri Irénée Marrou había proporcionado a la *Vie spirituelle* (nº 275) del 1º de abril de 1943, es decir, muy al comienzo de la aventura: “Para un retorno al estudio de los Padres”.

¹ Henri Irénée Marrou (1904-1977) era un laico: historiador especialista del cristianismo primitivo, fue un hombre muy excepcional como raramente se encuentra en una generación. Hizo una hermosa carrera, de la Escuela Normal Superior al Instituto y pasando por la Escuela de Roma y la Sorbona. Más aún, fue un gran sabio. Sus libros sobre la cultura intelectual y religiosa sobre la Antigüedad tardía, sus trabajos sobre los Padres de la Iglesia, particularmente sobre san Agustín, sus reflexiones sobre el “conocimiento histórico” y la “Teología de la Historia”, le merecieron una reputación internacional y atrajeron a numerosos discípulos.

² Reproducimos, con la amable autorización de *Éditions du Cerf*, el artículo publicado en *La Vie spirituelle*, julio 2006, nº 765, pp. 343-356. Traducción del francés realizada por la Hna. María Graciela Sufé, osb, Abadía Gaudium Mariae (Córdoba – Argentina). Los textos entre corchetes son aclaraciones agregadas por la redacción de nuestra revista.

³ Mantenemos la expresión *Sources chrétiennes* –y sólo entre paréntesis en el título incluimos su traducción–, dado que así es conocida universalmente esta colección en la actualidad ya muy difundida (NdT).

⁴ “Fuentes cristianas”, véase nota supra.

³ CYPRIEN DE CARTHAGE, *L'Unité de l'Église (De ecclesiae catholicae unitate)*, abril 2006, 350 pp.



“Poner a disposición del público cultivado obras completas de los Padres de la Iglesia, reuniendo en ellas todos los elementos que puedan permitir su total inteligencia”, tal es el programa de la nueva colección *Sources chrétiennes*, emprendida bajo la dirección de los padres de Lubac y Daniélou; cada volumen debe comprender una nueva traducción de una obra completa, tomada del vasto repertorio de la literatura griega cristiana (los Padres Latinos, considerados, quizás con razón o sin ella, como mejor conocidos y más accesibles, son por el momento, dejados de lado), precedida de una introducción y acompañada de notas, debidas a un especialista de reconocida competencia. De manera conjunta, las Ediciones du Cerf, en París, y las de l’Abeille, en Lión, acaban de publicar los dos primeros números de la colección: la *Vie de Moïse* [la *Vida de Moisés*], la obra clave quizás de ese gran espíritu que fue san Gregorio de Nisa (muerto en 394), uno de los fundadores de nuestra teología mística, hermano y compañero de lucha de san Basilio, y el *Protreptique* o *Exhortation aux Gentils* [Exhortación a los Gentiles] de san Clemente de Alejandría (muerto un poco antes del 215), el maestro de Orígenes, y con él el principal representante de esta escuela cristiana de Alejandría cuya obra fue desde todos los puntos de vista tan fecunda: dos obras igualmente importantes y cuyo tratamiento hace honor a los dos eruditos que han asumido su publicación, el padre Daniélou para Gregorio, el padre Mondésert para Clemente.

Permítase a un especialista felicitar a los directores y a los autores de la colección por la noble ambición que los anima: han querido establecerse en un nivel elevado de rigor científico, haciendo a su público el honor de estimar que es digno de ser objeto del esmero de la más exigente erudición. Tengo que felicitarlos por esto: nada me parece más peligroso que la noción de vulgarización, que, con el pretexto de llegar al gran público, descuida el honrado rigor; creo en la unidad esencial de la cultura: no existe por un lado el pequeño clan de los sabios profesionales, cuyo deber es ser difícil, y por otro, el vasto público para el que todo es bueno; la ciencia no se justifica sino cuando, dejando de ser la superstición del club de los “de espíritu concienzudo”, pone su esfuerzo desinteresado de investigación al servicio del bien común. El filósofo no está plenamente justificado sino cuando la edición o la traducción que prepara, proporciona verdaderamente al alma del lector un alimento y un provecho reales.

Desde este punto de vista, la colección *Sources* me parece muy fecunda: la ciencia moderna ha desatendido demasiado el tesoro que representan los Padres para la cultura cristiana: los filólogos no han cumplido, aquí, todo su deber. Era penoso constatar que un texto tan esencial

como la *Vida de Moisés* seguía siendo, por su falta, casi desconocido: no sólo nunca había sido hasta aquí traducido al francés, sino que el texto griego no ha conocido más que una sola traducción latina, hecha por lo demás sobre un manuscrito griego diferente, y que data de ¡1536! Textos muy imperfectos, incompletos e incluso incomprensibles en más de un pasaje (tengo al respecto que testimoniar que más de una vez he luchado en vano contra el texto de este tomo XLIV de la *Patrología*). El P. Daniélou, que prepara una edición crítica de ese libro ha podido sacar provecho en su traducción de los materiales que ha recogido, y sobre todo de un precioso manuscrito de Venecia que contiene mucho mejor varios pasajes que estaban en estado desesperante: su traducción, que se apoya así en un texto todavía en parte inédito, es pues, incluso desde el punto de vista científico, un acontecimiento que hay que considerar.

Lo único lamentable que tendría que formular es que las circunstancias presentes hayan impedido a los editores reunir, como lo hubieran deseado, el texto griego con la traducción: deseamos, como ellos lo esperan, que bien pronto pueda hacerse una reedición con ese plan. De ese modo aumentaría considerablemente el interés y la eficacia práctica de su colección. Insisto una vez más, creo en la unidad profunda de la cultura, del público cultivado: el profesor no es el único que tiene derecho y a quien le aprovecha recurrir al griego original; todo estudio con cierto grado de seriedad, sea hecho desde un punto de vista teológico o simplemente espiritual, exige ese recurso, que, con la traducción a la vista, se presenta, por otra parte, bastante fácil. En efecto, el griego de la época imperial en que escriben nuestros Padres no saca su expresividad de su sintaxis, que no tiene ya la delicada sutileza de un Platón o de un Isócrates; es ante todo su vocabulario, lo que se nos presenta a nosotros como cargado de valores: a cada paso el traductor tiene que confesarse impotente frente a palabras cargadas de sentido, que se pueden transcribir pero no traducir: ¿cómo pasar al francés términos como *théôria*, *logos*, *apophasis*, *philanthrôpia*... El humanista felicita de paso al P. Mondésert por la elegancia de una perifrasis como “celebran como misterios sus pensamientos ambiciosos”; pero el griego dice mucho más aún, y no precisa más que dos palabras: *hybreis orgiazontes*, pero ¿quién puede decir en francés lo que era la *hybris* y la *orgie*?

Pero tengo prisa en llegar a subrayar, y tengo en el placer de hacerlo para los lectores de esta revista, el valor propiamente espiritual de esta publicación. El programa de la colección hace referencia al precedente que representa para ella la serie de los *Textos y documentos para el estudio histórico del cristianismo*, emprendida a comienzos de siglo, bajo la dirección de H. Hemmer y P. Lejay: colección notable, y que uno lamenta haberla visto interrumpida, pero cuyo programa era ante todo históri-

co, y su ambición esencialmente apologética. Los padres de Lubac y Daniélou quieren dar a su elección “una orientación más positiva y espiritual”: los libros que vuelven a poner en circulación son considerados por ellos no tanto como instrumentos de combate, sino como un alimento escogido que es propuesto al alma fiel para el desarrollo de su vida interior y de su formación dogmática. Es precisamente esto lo que da a su empresa un valor de primer orden: todos los que, por vocación o trabajo, tienen la felicidad de aproximarse al gran pensamiento de los Padres, saben qué fuente fecunda de vida espiritual pueden, incluso hoy, constituir para el cristiano; deploran que una riqueza tan grande sea, para tantas almas, casi inaccesible. Una colección como la que se anuncia puede llegar a ser el instrumento y la ocasión de una renovación de la piedad por medio de una vuelta consciente a estas “fuentes” que son los Padres según la fe. Presentaré brevemente algunas observaciones en ese sentido:

1. Una vida espiritual verdaderamente católica se inserta en la Tradición, se alimenta de la Tradición. Una vuelta a los Padres me parece la consecuencia lógica y por otra parte necesaria de ese gran movimiento de vuelta a la Tradición que se impone a la cristiandad contemporánea en reacción contra el abandono en que ella estaba a punto de caer, bajo la influencia disolvente de esa corriente de ideas que va desde el *Aufklärung* del siglo XVIII al modernismo de los años del 1900, y que siguiendo a Georges Sorel se puede cómodamente designar con el nombre de “Ilusiones de Progreso”.

Como era natural, esta vuelta, este consciente retomar, ha comenzado por el estudio de los admirables edificios doctrinales de la cristiandad medieval: lo más urgente era reanudar la tradición, relacionarse directamente con el último estadio de desarrollo alcanzado por la teología y la espiritualidad. Una vez realizado esto, sería ingenuo, y bien tímido, quedarse allí: la vuelta a los Padres se sitúa en la misma línea y prolonga naturalmente la vuelta a la Edad Media, por el hecho de que es la misma tradición, y no se puede asumir una tradición más que retomándola toda entera. Santo Tomás, por ejemplo, se nutre totalmente de los Padres: no hay uno de sus lectores que no haya observado cuánto las referencias a san Agustín o al Areopagita se presentan en su pluma; uno siente su pensamiento constantemente alimentado en la sabiduría de ellos. Pero esa no es una razón para pensar que con él los Padres quedan abolidos: más aún, es preciso profesar que no se puede recoger y retomar en la totalidad de su riqueza la enseñanza de santo Tomás, y más generalmente de toda la teología medieval, sin remontarse a sus fuentes patrísticas, cuyo conocimiento directo permite, sólo él, situar esta enseñanza en su verdadera perspectiva.

La teología, la espiritualidad, realzan formalmente, dentro del

dominio de la cultura, las cosas del espíritu: ese campo se opone al de las ciencias de la materia; en materia de física o de química, uno tiene derecho a estimar que la última edición de la ciencia anula y prevalece definitivamente por sobre la edición precedente, y dispensa de recurrir a ella⁴. En el campo de las ciencias del espíritu, ocurre de otro modo: el pensamiento no se nos ofrece con la forma de estadios sucesivos; es como un río continuo, del que no se puede aislar a voluntad tal sección de su recorrido; cada estadio de la filosofía, de la teología, de la doctrina espiritual, se presenta para nosotros como íntimamente unido a los estadios precedentes: el pensamiento nunca se formula de manera aislada, no se plantea sino oponiéndose, o presuponiendo...

Es preciso ir más lejos y explotar la hermosa metáfora de la fuente: la potencia y la majestad alcanzadas por el río nunca pueden abolir la gracia y la frescura que posee propiamente la humilde fuente. Por estar situados en el origen de nuestra tradición cristiana, los Padres conservan a nuestros ojos un mérito del que no pueden privarlos los progresos ulteriores realizados por nuestros teólogos. “Los Antiguos –dice en alguna parte Platón hablando de sus predecesores–, son más grandes que nosotros, porque ellos estaban más cerca de los dioses”. Nosotros tenemos el derecho de pensar que los Padres son grandes porque ellos están mucho más cerca de Pentecostés: cualesquiera sean sus pasos en falso, sus insuficiencias, las imperfecciones de su elaboración técnica, el pensamiento de ellos sigue estando iluminado por un reflejo que con J. Maritain me tomaré el atrevimiento de llamar profético⁵: en ellos recogemos en su fuente, con todo el esplendor de su origen divino, lo que es la esencia misma de nuestra fe.

2. Remontarse a sus fuentes no es solamente un medio para retomar la Tradición, es también la manera de fecundarla, de enriquecerla. Los Padres nos presentan un estadio primordial del pensamiento cristiano en el que encontramos, comprimido, apretado, como la planta en su semilla, todo lo que el desenvolvimiento ulterior permitirá ver desarrollado: es como una intuición fundamental donde el Todo está dado. Ahora bien, la fecundidad de la Verdad cristiana es indefinida y nosotros descubrimos en los Padres una cantidad de esbozos, de sugerencias, de ideas en

⁴ En cuanto a los resultados, y en un nivel relativamente exotérico: no sería verdadero decir que el sabio creador no tiene ningún provecho que sacar de la frecuentación directa de las obras de un Galileo o de un Fresnel.

⁵ En las hermosas páginas que ha dedicado a la sabiduría agustiniana (*Distinguir para unir*, pp. 577 ss., ensayo aparecido primero en inglés con el título: *Saint Augustin and Saint Thomas d'Aquin*).

estado embrionario, que el desenvolvimiento ulterior de la Tradición ha podido momentáneamente descuidar, parecer olvidar, pero cuyo valor permanece entero, y que no aguarda sino que nosotros lo retomemos y lo hagamos florecer. Casi en cada página uno experimenta la necesidad de colocar al margen una reflexión como la que destaco en la pluma del P. Mondésert: “Hermosa idea... que se sitúa en directa prolongación de los datos proporcionados por san Juan y por san Pablo sobre el Verbo, pero cuya expresión o incluso su equivalente, no es fácil encontrar en nuestros tratados de teología...”.

No puedo demorarme aquí en realizar un inventario ni siquiera aproximativo de esas cosas, que son nuevas para nosotros, herederos olvidadizos; las cosas antiguas que encierra ese tesoro familiar, *nova et vetera*. Pues esas páginas olvidadas encierran a menudo una respuesta a las cuestiones más urgentes de la hora presente: no hay ninguno de los lectores del hermoso libro, tan nuevo, y tan antiguo a la vez, del P. de Lubac, *Catolicismo*, que no haya sido sorprendido por la teología más abierta, más viva, más actual que el autor vuelve a traer de su largo intercambio con los Padres: un sentido más “social”, más colectivo, de la vida religiosa, que se extiende hasta terminar en comunión cósmica, que por contraste hace aparecer estrecha cierta piedad demasiado centrada únicamente en la preocupación por la salvación personal...

3. Pero, si no puedo esbozar aquí un catálogo de todo el aporte dogmático de los Padres, hay un punto especial que merece al menos ser recordado: maestros de vida espiritual, nuestros antiguos son para nosotros particularmente los guías que nos llaman a aprender a sacar de la frecuentación de la Sagrada Escritura el provecho que oscuramente sentimos que debemos pedirle. Aquí, una vez más, una colección como ésta llega en el momento oportuno: por todos lados, en este momento, aflora una renovación del interés por el uso espiritual de la palabra de Dios; pienso en la *Introducción al libro de Rut* de Paul Claudel y en los diversos ensayos de exégesis alegórica que nos ha dado este poeta, en el éxito que acoge la divulgación de la obra tan nutrida de Escritura del P. Dehau (*Ríos de agua viva; El Contemplativo y la Cruz...*). Parece ser que los cristianos de hoy descubren bruscamente (y es también un aspecto de la vuelta a la Tradición) que la Escritura no es simplemente el lugar teológico del dato revelado, que ella no es simplemente un arsenal de textos para el teólogo o el apologista, sino que es también la palabra de Dios dirigida al alma fiel, alimento siempre renovado para la vida de oración y de contemplación. Muchas almas sienten en sí que tienen que dejar una exégesis literal y aspiran a gozar de las riquezas infinitas del sentido espiritual.

Pero se trata para nosotros de todo un arte que tenemos que vol-

ver a aprender: los Padres son los guías más seguros, los maestros más hábiles que podamos escuchar: todo el pensamiento de ellos se nutre de la Palabra divina, que se siente siempre presente en ellos, sosteniendo cada movimiento del espíritu, prestando su esplendor a cada frase de su pluma.

Desde ese punto de vista, atribuyo un valor considerable a la publicación de la primera traducción francesa de la *Vita Moysis* [*Vida de Moisés*]: este libro asombroso no es otra cosa, en efecto, como lo indica el doble título griego, sino una *Meditación* (o contemplación, *théôria*), sobre el relato bíblico de la vida de Moisés, que, a través de una búsqueda sistemática del sentido místico, extrae de esta historia un *Tratado de la perfección espiritual*. Libro sin duda de una incomparable densidad doctrinal (toda la teología “apofática” del Areopagita y de san Máximo es condensada en algunas páginas dedicadas a la aparición de Dios a Moisés en el monte Sinaí), pero del que retengo sobre todo por lo pronto el método que le confiere para nosotros un valor de modelo. El lector de hoy descubre allí ese mundo primero sorprendente, pronto familiar y de un tan singular poder de seducción, que es el de la visión espiritual: “Tomemos a Moisés como modelo”, plantea al principio san Gregorio de Nisa, en el comienzo de su trabajo; Moisés es cada uno de nosotros, él es el alma cristiana en tanto se encamina hacia la perfección, y a partir de ese momento, ese relato que, tomado literalmente no concierne más que al viejo patriarca, se aplica, en sentido anagógico, a cada uno de nosotros y revela ser muy pronto de un alcance inmenso.

El lector no prevenido se defenderá quizás al primer contacto, pero rápidamente su sorpresa dejará lugar a la admiración, se dejará encantar por el cambiante resplendor de ese juego de imágenes prestigiosas, porque (no creo haber cometido un error al insistir sobre esto, hace tiempo, a propósito de san Agustín) se trata precisamente allí de una técnica relacionada con la poesía, y que no depende de la ciencia: de imagen en imagen, el sentido espiritual se comunica, se va induciendo en el alma dócil por la misma magia verbal que obra en el arte, y llega a desembocar en una doctrina cuya noble simplicidad sólo puede igualarse con la hondura: “La perfección —concluye en sustancia san Gregorio—, no es huir del pecado por temor al castigo, como un esclavo; no es buscar la virtud por la esperanza de una recompensa, como un mercenario: es, mirando más alto que las promesas, no temer más que una cosa, perder la amistad de Dios; no desear más que una cosa, llegar a ser el amigo de Dios...”.

4. Sin duda, todos los libros de los Padres no tienen con respecto a la piedad una aplicación tan inmediata como éste: un lector impaciente estimará quizás que el *Protreptique* de Clemente de Alejandría, por ejemplo, dice más a la curiosidad histórica: esta exhortación a los paganos para

invitarlos a cambiar los dioses y los misterios falaces por el “canto nuevo” del Evangelio, sobrecargada por todo un aparato de erudición muy alejandrina, responde bien a su época y exige determinado esfuerzo de adaptación por parte del público moderno.

¿Quiere decir que su lectura deja por eso de ser provechosa? Lejos de esto. Aquí, una vez más, yo felicito a los editores por la amplitud de visión con la que han sabido abordar su empresa: se rehúsan, nos dicen, a limitar sus elecciones a las obras patrísticas “que menos riesgo corren de amedrentar, que parecen ser más modernas a nuestros ojos, pero que son también, por eso mismo, menos características”. Al editar, como han decidido hacerlo, no los textos más fáciles, sino por el contrario, los más representativos, hacen su colección infinitamente más fecunda: antes de ser un alimento de la piedad cotidiana, el estudio de los Padres, en efecto, es un instrumento de cultura religiosa, y quien dice cultura dice esfuerzo, difícil, sostenido, tanto más fructuoso cuanto más austero ha parecido en un primer momento, menos sometido a una inmediata utilización. La cultura consiste en ampliar el ser interior saliendo de sí: el contacto con el Otro, antes de revelarse fecundo, es siempre ante todo desconcertante; es preciso que el espíritu acepte, con docilidad, el hecho de dejarse primero exiliar, de entrar en una mentalidad extraña, de explorar con toda tranquilidad ese país nuevo, donde primeramente todo es sorprendente: sólo a la larga se descubre el provecho...

Todos los que han realizado el estudio de los Padres han tenido la feliz experiencia de que está lleno de enseñanzas inesperadas, y a menudo es en el libro más alejado en apariencia de nuestras preocupaciones o de nuestros problemas, donde a vuelta de página nos espera, muy a menudo, la Verdad que necesitábamos. Veamos aquí, por ejemplo, el primer capítulo del *Protreptique*: “El canto nuevo que sigue a los misterios paganos”. ¡Qué lejos está esto, en apariencia, de nosotros! ¡Anfión de Tebas, Arión de Metimna, Orfeo, todo un fárrago de leyendas se acumulan, para evidente alegría del letrado del siglo III después de Jesucristo y fastidio del [lector] del siglo XX! Y he aquí, de repente, que en el recodo de una invectiva contra esos viejos músicos legendarios, me golpea una frase luminosa: “Ellos han deshonrado la vida con el pretexto de la música, y fueron poseídos de un hábil charlatanismo para perder a los demás, transformando en exaltación mística su orgullo, divinizando sus dolores; ellos condujeron a los hombres ante los ídolos...”. ¿Acaso no es un juicio que se aplica de maravillas a la concepción romántica del arte, *Erstaz* de vida mística, a esa “religión de la música” que han predicado entre nosotros hombres como R. Rolland o C. Maclair, y donde a veces almas tan hermosas se han extraviado?

Sin duda, no todos los lectores tendrán el tiempo ni la vocación

para profundizar en la clase de mensaje de los Padres; pero hay una comunidad cultural: el trabajo de unos aprovecha al alma de otros; creo que la colección iniciada con estos dos volúmenes, y que deseamos ver bien pronto seguidos por un gran número de otros, representa un hermoso esfuerzo de cultura cristiana, cuya fecundidad puede ser grande, si uno sabe recibirla como merece serlo.